

Presentación del libro de Eduardo Braier

Hacer camino con Freud

Víctor Korman

Me sumo con alegría a esta fiesta de las letras que es la presentación de un nuevo libro. Si es de psicoanálisis, y además de Eduardo, mi júbilo es mayor. Cuando me invitaron a formar parte de esta mesa, acepté gustosísimo la propuesta, sin dudar, y antes de haberlo leído. Mi respuesta fue rápida, pero no a ciegas. Por la lectura de sus publicaciones anteriores y por los diálogos que venimos manteniendo, sabía de su dominio de los temas tratados en este volumen y conocía el arte de su escritura: una prosa fluida, elegante, ajena a las pirotecnias verbales. Quiero decirles —en primer lugar a ti, Eduardo, e inmediatamente a todos los aquí presentes—, que ese voto de confianza fue ampliamente correspondido: el libro superó —en mucho— las expectativas que me había hecho. Se trata de un texto complejo, rico, muy articulado y bien expuesto.

Sé que lo dicho no es ninguna novedad para quienes conocen a Braier y a su cabeza bien amueblada. Lo que sí les sorprenderá es encontrarse con un catalizador del pensamiento y con un condensado de más de cuarenta años de experiencia en el oficio de analista. Ambos se dispensan a través del estudio profundo de múltiples hipótesis freudianas; entre ellas: pulsión de muerte, fantasía, identificación primaria, represión originaria, *après-coup*, trauma psíquico, repetición, etc.

Mis palabras, si bien formuladas en el contexto de un vínculo entrañable con el autor, no son —en lo esencial— fruto de mi amistad sino producto de un juicio decantado y sereno sobre los aportes de esta obra. Y lo digo así, con claridad y públicamente, porque por suerte, nuestro vínculo cordial, admitió el planteamiento de las diferencias. O quizá sea al revés: justamente, porque aceptamos nuestros disensos, la relación fue siempre cálida.

Como no podía —ni quería— dissociar mi afecto de la lectura de su libro, me exigí un contrapeso: asumí con máxima responsabilidad la función del lector ante un texto. No me refiero, por supuesto, al imprescindible examen atento de lo escrito, sino al descubrimiento de la brújula y las llaves que el autor

propone y dispone; más aún, me propuse leerlo desde la lógica interna de su discurso, cuestión que quiero subrayar muy especialmente. En algunos momentos recorrí a la inversa el camino transitado por Eduardo para representarme las fuentes clínicas que le habrían servido de inspiración, situándolas como telón de fondo de mis reflexiones sobre su libro.

He procurado desentrañar también los implícitos del texto, para articularlos con lo explicitado a la letra y poner en evidencia la perspectiva metapsicológica con la que trata cada una de las hipótesis y conceptos psicoanalíticos que aborda.

Tras esa modalidad de lectura puedo afirmar que es un libro que se inscribe claramente en la zaga freudiana. Pensarán que eso es obvio, puesto que aparece en el mismísimo título; pero tendrán que acordar conmigo que en los últimos tiempos es raro encontrar un libro que sea verdaderamente de esa estirpe. Ocurre que el adjetivo *freudiano* se usa con ligereza y en algunos casos, inmerecidamente.

Comento, entonces, una de las tantísimas preguntas que me surgieron mientras leía el libro: ¿qué es ser freudiano, hoy en día? ¿Qué es inscribirse en esa zaga, en una época en que navegamos en medio de muchas corrientes psicoanalíticas? Este interrogante será el hilo conductor de mis comentarios de esta noche y volveré a él reiteradamente.

Braier es freudiano no sólo en el fondo y en la forma, sino también en el tono y en la textura de su escritura. Pero, sobre todo, en el modo con que transita por aquellas problemáticas que pone en cuestión. En otras palabras: se mantiene fiel a la perspectiva desde la cual el vienés encaró los conceptos. En eso radica esencialmente, según mi opinión, el ser freudiano en la actualidad. Para entendernos, ni M. Klein ni el freudo-kleinismo fueron freudianos; Lacan, especialmente el de las dos últimas décadas de su enseñanza, no fue freudiano, por más que él lo proclamara; Bion tampoco, y se podría alargar la lista con otros nombres de excelentes analistas que no lo son o no

lo fueron porque utilizaron enfoques metapsicológicos distintos de los que empleó Freud.

Uso el adjetivo *freudiano* en un sentido muy preciso; no lo aplico al mero hecho de ser psicoanalista, puesto que todo psicoanalista es, en *última instancia*, freudiano, por haber sido Freud el fundador de nuestra disciplina.

Pero..., pero..., otra cosa es ser freudiano no en *última* sino en *primera* instancia. Y lo serán quienes cumplan esta condición: que al tratar una problemática psicoanalítica se acerquen a ella con una óptica similar a la que empleó el vienés. Estoy hablando de óptica, de perspectiva y no de letra escrita, porque Braier no se mantiene fiel a un Freud petrificado, tampoco se dedica a lustrar su bronce; más bien se remanga y se pone a trabajar las categorías metapsicológicas antes señaladas recorriendo, primero, las sendas freudianas. Y después viene lo interesante, porque Eduardo no sólo hace suyos estos conceptos heredados, sino que los desarrolla, los extiende, los estira, los flexiona y torsiona, para hacer surgir ideas arrinconadas en los textos del vienés o para añadirles alguna faceta nueva, de cuño propio. No tiene los textos de Freud como un simple telón de fondo o referente lejano sino que los trajina, suda con ellos.

Cita un artículo del vienés y lo une con un fragmento de otro; corta, recorta, toma textos de otros autores, los pone bajo su lupa, se dirige a la experiencia clínica, vuelve de ella con bagaje, articula esas ideas, las combina con las suyas, complementa lo dicho por el padre del psicoanálisis, recurriendo a muchos —muchísimos— autores clásicos y contemporáneos que le son afines.

Me imagino a Lalo en esta labor silenciosa, apasionada, rodeado de libros subrayados y de folios con anotaciones, peleándose con el ordenador, entusiasmado con la décima y última redacción de un párrafo hecho, deshecho y rehecho, tarareando algún tango, robándole con placer horas al sueño y a los fines de semana. El resultado de todo ese afán es este volumen; seguramente, vendrán otros; así lo espero. Y como puedo permitirme el lujo de inventar otro buen título para el libro que estamos presentando, propongo el siguiente: «Hacer mi propio camino con Freud». Porque Eduardo es fiel a Freud, pero también a sí mismo.

Y a las pruebas me remito: capítulo 2, Repetición y el trauma psíquico. Comienza refiriéndose a la repetición en la obra del vienés: parte, por supuesto, de *Recordar, repetir, elaborar* (1914) y de *Más allá del principio del placer* (1920), aunque también cita *Sobre la dinámica de la*

transferencia (1912) y *Lo ominoso* (1919); adhiere a las tesis centrales que se exponen en estos artículos, pero las despliega, las afina y acaba postulando dos formas de la compulsión a la repetición. Describe, entonces, una repetición regida por el principio del placer, buscadora de anteriores situaciones placenteras, que es prototípica de las neurosis de transferencia, de la psicopatología de la vida cotidiana y se corresponde con el circuito represión-retorno de lo reprimido. Caracteriza sintéticamente esta modalidad repetitiva como la del *más acá del principio del placer*.

La segunda compulsión a la repetición está más allá... y es tributaria de la pulsión de muerte. Hasta ahora, Freud puro y duro. Pero Lalo no se conforma con eso... ¡Y hace bien! Entonces avanza y aporta algo nuevo: discrimina dos variantes dentro de la repetición que está más allá del principio del placer: una, que repite lo displacentero vinculado con los engaños edípicos y otra —aquí lo más novedoso— que repite lo displacentero ligado al narcisismo. Esta última no aparecía explicitada en Freud.

Braier se remite a su experiencia clínica y cita, además, a Marucco, Lutenberg y otros analistas. Luego plantea que hasta ahora se ha hecho hincapié en estas dos modalidades de repetición (la del más acá y la del más allá del principio del placer) como si operaran en distintas circunstancias y aisladamente la una de la otra. Propone a renglón seguido otra idea personal: ambas repeticiones pueden obrar al mismo tiempo. Como ven, se mantiene dentro de la perspectiva freudiana; es decir: repetición que tiene un determinado fin —búsqueda de lo placentero, repetición de lo displacentero—, compulsión repetitiva como manifestación de la pulsión de muerte; pero agrega matices y discrimina, para luego articular. La síntesis lograda hace que el producto final sea bien diferente a como lo dejó Freud hace más de setenta años, pero el prisma sigue siendo freudiano.

Para redundar en esta idea, *su* repetición no es la repetición significativa que surge de la cuádruple convergencia de Freud, Lacan, Saussure y Kierkegaard; repetición lacaniana que será siempre y necesariamente con diferencias porque ningún significativo es idéntico a sí mismo. Tampoco es la kleiniana, sostenida por una pulsión de muerte instintivizada.

En la segunda parte del capítulo 2 retoma el tema en otro contexto —repetición y trauma— diciendo que esta simultaneidad de las repeticiones opera tanto en la vigilia como durante la elaboración de un sueño, sin que la concepción de la repetición

varíe. Aquí menciona entre otros a Garma, a Raskovski, a Luis Sales, presente en esta mesa, y a muchos otros autores.

Hago aquí un breve inciso para comentar las referencias bibliográficas. Si tuviera que reseñar los nombres de todos los psicoanalistas citados en el libro de Eduardo, no me alcanzarían los veinte minutos de que dispongo para hablar esta noche. Cometo un acto de simplificación al organizar estas referencias en dos grupos; el primero tiene su epicentro en Buenos Aires, la APA y lo que bien podría llamarse en términos genéricos la escuela argentina de psicoanálisis; el segundo gravita en torno a Barcelona y Gradiva, una institución con solera en esta ciudad; añadiría las escuelas psicoanalíticas europeas, fundamentalmente una franja de la francesa y la inglesa. No es extraño que así sea; la cultura psicoanalítica catalano-europea y la argentina son los contextos de este texto; y más allá de las dificultades para precisar qué se entiende por cultura *psi*, al leer el libro apreciarán que eso respira en cada página.

¿Nombres? Agregó injusticia a la simplificación por las inevitables omisiones. Evoco a vuelapluma los que me vienen a la mente dejando de lado los ya nombrados: Racker, Etchegoyen, los Zukerfeld, Mayer, Pérez, los Baranger, en el primer grupo; Laplanche, Piera Aulagnier, Pontalis, Green, Clara y César Botella, McDougall, Neri Daurella, Antoni Talarn, dentro del segundo. Sin saber dónde situarlos con exactitud en esta divisoria, nombro globalmente a los *catargentinos* que también cita.

* * *

Comento algunos aspectos del cuarto capítulo, titulado *Destructividad e identificaciones primarias*. Sigue la misma secuencia y organización formal que el segundo, recién aludido. El punto de partida es de nuevo Freud y, en este caso, su teoría identificatoria; especialmente, la estructural. Los principales textos de referencia son *Psicología de las masas* (1921) y *El yo y el ello* (1923). Se desprende de tales artículos que la identificación es estructurante del aparato psíquico; el niño o niña sigue siendo el agente activo del proceso; el movimiento tiene forma de bucle: parte del infante, se dirige al objeto para capturar rasgos del mismo y vuelve a él, para inscribir esas trazas psíquicas. Recuerden este circuito circular —niño/objeto/niño— por lo que diré luego. La concepción freudiana podría resumirse así: identificarse con el objeto. La pulsión oral del infante motoriza el proceso.

Con este telón de fondo, Braier aborda el controvertido tema del objeto en las identificaciones

primarias: el padre del varoncito en posición de ideal, según *Psicología de las masas* o el padre de la prehistoria personal, en el capítulo III de *El yo y el ello*. Pero aquí Eduardo debate antes de lo habitual con Freud y postula a la madre —no al padre— como objeto de la identificación primaria, siguiendo la línea iniciada por Edith Jacobson en 1954.

Si bien Eduardo adhiere a los lineamientos generales de la teoría identificatoria freudiana, no suscribe la referencia del vienés al padre como objeto en esta identificación. Me parece absolutamente válido; es como si él dijera: yo — como muchos otros analistas— pienso que el objeto de la identificación primaria es la madre. Por mi parte puedo aseverar que la madre es identificante desde el primer día de vida del hijo.

Bien, bien, bien..., no sólo es válido sino necesario debatir con Freud; incluso rebatirlo. Pero que Eduardo sostenga que el objeto de esta identificación es la madre o que yo afirme que la madre es identificante desde el comienzo de la vida del bebé, no resuelve el siguiente dilema: ¿por qué Freud situó al padre —y no a la madre— como objeto de dicha identificación? ¿Qué habrá tenido en su mente cuando afirmó más de una vez esa posición, llegando a utilizar en *El yo y el ello* un tono grandilocuente, raro en él, al afirmar que la identificación primaria con el padre era no sólo la primera sino la de mayor valencia (la más significativa o la más importante) del individuo? (*Die erste und bedeutsamste Identifizierung des Individuums* [G.W., XIII, p. 259].

A Freud no se le escapaba lo trascendental que es para el bebé su vínculo con la madre, al punto tal de postular como modelo del narcisismo primario absoluto la relación intrauterina del feto con ella o la situación de amamantamiento placentero. Creo —y esto no es sino otra interpretación de sus textos— que Freud tenía *in mente* un aspecto diferente a las identificaciones directas del bebé con sus progenitores cuando propuso al padre como objeto de la identificación primaria.

Confieso que más de una vez me imaginé llamando a la tumba de Freud para preguntarle qué quiso decir en esos párrafos, unos de los más contradictorios y debatidos de su obra. Eduardo sabe lo que pienso sobre esta cuestión y tuvo la amabilidad de explicitar lo que yo escribí sobre este punto hace más de diez años.

En el mismo capítulo 4, hay otro giro con el que Braier complementa la teoría identificatoria freudiana: es cuando habla de las identificaciones que se dirigen desde los objetos al niño/a. Dice textualmente: «*identificaciones primarias pasivas*

en la que los niños son identificados por los adultos» (p. 121). Como ven, realza el papel del objeto de la identificación, descuidado parcialmente por el genio de la teoría freudiana, que proponía al niño en vías de constitución como el punto de partida del movimiento identificatorio.

En este aspecto preciso, Lalo se acerca a Lacan, que fue el primero en plantear otra dirección para el movimiento identificatorio: un vector que va del objeto —mejor dicho, del otro con mayúscula y minúscula— hacia el niño. Ese vector unidireccional es distinto del bucle freudiano, antes mencionado. Laplanche, Green, Marucco y muchos otros hicieron suyas estas ideas y las desarrollaron.

Braier, por la lógica de su pensamiento, se ve llevado a desglosar en estas identificaciones primarias *pasivas* las variantes tánaticas y normogénicas. Este último es un término que no suelo utilizar; me resulta algo incómodo, pero sé perfectamente a qué se refiere Eduardo. Lo que sigue en este capítulo confirma que no estamos en la atmósfera kleiniana del vaivén proyectivo ni introyectivo entre el yo y el objeto ni en el espacio teórico de Lacan para quien, repito, la dirección de las identificaciones es siempre desde el Otro-otro hacia el candidato a sujeto y va de suyo que en esa corriente del psicoanálisis tanto Eros como Tánatos de los padres se acercan a la cuna del bebé.

Para Eduardo, el marco de referencia sigue siendo en lo esencial Freud, aunque en este tema se trata de un Freud complementado y discutido puntualmente. El capítulo finaliza con varios ejemplos clínicos que ponen de relieve la importancia del otro, del objeto externo, en el destino del sujeto.

Quiero remarcar lo valioso de la inclusión de casos en un libro de psicoanálisis. Nuestro autor es pródigo también en ese aspecto; lo muestran como un analista sensible a los dictámenes de la experiencia clínica, un alquimista que sabe transformar en palabra escrita lo que escucha en las sesiones. En otros términos, maniobra muy bien los resortes que permiten procesar conceptualmente nuestra praxis.

Menciono una pregunta que en cierto sentido me es algo ajena pero, dadas mis afirmaciones de hace unos instantes, puede ser útil traerla a colación: ¿hay una teoría mejor que otra? No entraré en esa polémica gratuita; la dejo para los fundamentalistas del psicoanálisis. En todo caso reitero lo que dije en otras ocasiones y sigo sosteniendo hoy: toda teoría arroja luces sobre algunas problemáticas pero, indefectiblemente, genera sus propios conos de sombra.

No se trata —en lo esencial— que una teoría sea mejor que otra sino de quién y de cómo se la instrumentaliza. Es fundamental que el analista pueda moverse a sus anchas en ella, que acabe haciéndola consustancial consigo mismo, que la haya incorporado, asimilado y pueda entonces emplearla con naturalidad; como para que no se note cuál es su filiación teórica. En otras palabras, que el esquema referencial no sea un quiste teórico y que el psicoanalista haya podido construir una metapsicología portátil hecha a su mente, como quien dice de una herramienta que está hecha a la mano de quien la sabe utilizar bien.

Y así se lo percibe a Lalo con su adscripción al freudismo en el sentido pleno de ese término; freudismo enriquecido por los aportes de muchos y de él mismo. Él trasmite esa comodidad, esa naturalidad y ustedes como lectores la percibirán enseguida.

Unas breves observaciones sobre el capítulo 8, dedicado a la retroactividad, el famoso *après-coup*. Son cincuenta páginas sin desperdicio; todo aquel que esté interesado en el tema debería comenzar por ahí. Eduardo hace un compendio exhaustivo de los escritos en que Freud se acercó al tema. Sabemos que el vienés no hizo un uso sistemático ni unívoco del vocablo y más bien desperdigó sus ideas sobre ese asunto a lo largo de toda su obra. Eduardo destaca que Lacan rescató del olvido esa noción freudiana y después de referir lo escrito por muchos autores —Laplanche especialmente—, añade sus observaciones personales sobre la retroacción.

* * *

En tanto es superfluo abundar sobre el conocido rigor conceptual con que Braier plantea siempre sus ideas, quiero referirme a un par de asuntos de otro orden. Tengo la impresión de que en este libro Lalo se permitió —más que en los anteriores— entretejer lo heredado con sus elaboraciones propias. Me parece trascendental ese paso, porque implica progresos para el psicoanálisis.

De Freud, como de cualquier otro autor, se puede hacer un rastreo de su obra, estudiarla a fondo, buscar los antecedentes de la misma —porque está claro que nadie crea a partir de la nada—; es posible lucirse exponiendo sus ideas, pero, lo verdaderamente valioso son las nuevas articulaciones, las ocurrencias, las síntesis novedosas que se hacen entre lo propio y lo ajeno, porque ellas introducen significaciones originales en las categorías conceptuales preexistentes y posibilitan renovar la clínica. Creo que ésa es también otra manera de ser freudiano en la



actualidad: identificarse con la capacidad creativa del padre del psicoanálisis.

Una última cuestión sobre la que los analistas solemos hablar poco: el psicoanálisis es también y en cierto modo, un sentimiento vital; una pasión que a veces puede llegar a ser abrumadora. A dosis adecuadas ayuda en la práctica de nuestro oficio porque impide que se transforme en rutina. Ustedes sentirán palpitar ese apasionamiento en su libro; podrán descubrirlo entre líneas, pero siempre lo encontrarán matizado, relativizado, no diré por el escepticismo —que es cierto que a nuestras edades aumenta su densidad— sino por la conciencia clara de que en la clínica analítica nos enfrentamos siempre con las manifestaciones de la pulsión de muerte.

Ese ardor hace también de Lalo un interlocutor interesante, un discutiador fervoroso que sabe

fundamentar con precisión sus ideas. Debo agradecerle sinceramente que en muchos intercambios personales, ese estilo suyo —presente asimismo en este nuevo libro— me haya permitido aclarar y precisar mis propias ideas.

Sin duda Barcelona es un crisol psicoanalítico peculiar. De su singular composición, de su dinámica, de su apertura a todos los pensamientos psicoanalíticos, de su proclividad a la transmisión generosa, de esa fragua tan especial, repito, Eduardo es uno de los representantes más productivos y entrañables para mí.

Barcelona, 2 de octubre de 2009



Víctor Korman
12610vkd@comb.cat

